

NORMA FULLER*

COMENTARIO SOBRE LOS TRABAJOS DE CATALINA WAINERMAN Y DE MARIA COLETA OLIVEIRA

EL TEMA COMÚN en los trabajos de Catalina Wainerman y María Coleta Oliveira es que ambas se preguntan ¿qué está pasando con la paternidad en estos tiempos? Sin embargo, cada autora se acerca a él de manera bastante diferente. María Coleta aborda la experiencia subjetiva de ser padre tratando de relacionarla con los cambios socioculturales que han tenido lugar entre los sectores medios de la ciudad de San Pablo. Catalina se centra en aspectos estructurales. Ella se interroga sobre la manera en que el ingreso definitivo de las mujeres al mercado de trabajo redefine las relaciones de género en los hogares.

En el caso de Catalina la pregunta central sería ¿si el nuevo rol de co-proveedoras de las mujeres entraña una renegociación de la vida doméstica, cuánto influye esta en los varones? ¿Cambia la figura paterna cuando deja de ser el proveedor para compartir esta tarea con la mujer? Si tenemos en cuenta que el sema que define la figura del padre tradicional es ser quien provee, no sólo bienes materiales sino los valores vinculados al mundo (de hecho, el lugar de privilegio del varón en la familia se legitima porque se supone que su aporte es más valioso que

* Antropóloga, PhD. en Antropología por la Universidad de Florida, Gainesville. Profesora principal del Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).

el de la mujer), el hecho de perder el monopolio del rol de proveedor tendría que conducirlo a redefinir su posición y a un avance sustantivo de las mujeres. Las conclusiones de Catalina no son optimistas. Según la autora, la revolución esperada en la negociación de las tareas domésticas se ha estancado o no está yendo al ritmo que debería.

Un punto que me pareció muy importante en el trabajo de Catalina es la división conceptual que hace entre lo doméstico y la reproducción. Según señala, las tareas domésticas se refieren al mantenimiento de la casa mientras que las tareas reproductivas se refieren a la crianza y al cuidado de los hijos. Catalina observa que si bien los hombres pueden ser reticentes a asumir las faenas del hogar catalogadas como femeninas, sí participan activamente en los quehaceres de la reproducción. Esta precisión conceptual es muy importante para los estudios de masculinidad, porque en el caso de los varones se ha repetido –sin profundizarla– la idea de que las mujeres son la familia y lo doméstico, y los hombres pertenecen al ámbito exterior. Sin embargo, cuando llevamos a cabo análisis más finos, encontramos que los varones pertenecen al ámbito doméstico; ellos son hijos, hermanos, esposos y padres. Como ya señaló Da Matta (1984), duermen y comen en la casa. Estos aspectos de su vida forman parte central de su identidad masculina. Ser padre es sin duda uno de los aspectos más importantes y valorados de esta. Por ello, la distinción entre doméstico y reproducción me parece un acierto. Nos permite entender mejor la cultura masculina en América Latina.

En segundo lugar, encontré muy interesante que se enfatice el hecho de que las mujeres de ingreso medio y bajo usan estrategias diferentes para lidiar con el trabajo doméstico. Por ejemplo, queda claro que, mientras los sectores de ingresos bajos recurren al apoyo de los hijos, los medios compran ayuda a través del mercado. Me parece que sería necesario pensar en trabajos futuros sobre las estrategias usadas por las mujeres de diferentes sectores sociales para integrarse al mercado laboral. Una pregunta que surge frente a las estrategias usadas por las mujeres de las capas medias es si existe la posibilidad de que la renegociación del trabajo doméstico en la pareja pase por el mercado y no por una distribución más equitativa entre la pareja. Si así fuese, se profundizarían los abismos entre las clases sociales y, por supuesto, la revolución esperada sería postergada aún más.

Un detalle que me incomoda es que, a mi parecer, el hecho de renegociar la división de tareas dentro del hogar no cuestiona totalmente los viejos monopolios masculinos en el trabajo, en la política y en la guerra, que, según todas las estadísticas, se mantienen a nivel institucional (los varones controlan la mayor parte de la riqueza, puestos políticos, gerenciales, etcétera). Más aún, estos controles se reproducen en gran medida a través de redes informales *homosociales* por medio de las cua-

les circulan datos sobre trabajos, se cierran contratos, etcétera. Para dar un ejemplo, en un trabajo sobre mujeres limeñas de clase media, una joven ejecutiva declaraba que su trabajo estaba muy recortado, “porque yo no puedo decirle a un colega o cliente nos vemos en la tarde para tomar un trago y seguir hablando del asunto, que es lo que hacen los hombres porque, evidentemente, él pensará en reservar un cuarto en un motel”. Este detalle puede parecer risible pero es una muestra de cómo funcionan estas estrategias. Precisamente porque dichas estrategias no son conscientes ni formales son tan efectivas y difíciles de transformar. Por ello pienso que para entender por qué se ha estancado esa revolución debemos estudiar no solamente el trabajo, sino todo ese espeso entramado que reproduce el monopolio masculino de la riqueza y el poder.

Ahora bien, colocándome a un nivel muy general, el tema de la redefinición de la división sexual del trabajo me deja algo perpleja. Si las relaciones domésticas se renegocian de manera en que ambos géneros participen del mismo modo ¿qué va a unir en el futuro a las parejas? Las teorías sobre las bases en que se fundan las relaciones de género deben mucho al antropólogo Levy Strauss. Este señala que la división sexual del trabajo no es un producto natural sino fruto de la convención cultural. Según sostiene, la estrategia para solidificar las diferencias entre los géneros es prohibir a los varones realizar tareas femeninas y viceversa. La consecuencia de esto es que ambos son complementarios. Se necesitan mutuamente para vivir. Para ilustrar este tema, Levy Strauss narra el caso de un nativo bororo que se hallaba sucio, mal alimentado y triste. El joven etnógrafo preguntó si estaba enfermo y, ante su sorpresa, le respondieron que no le sucedía nada de particular salvo el hecho de ser soltero, y que por lo tanto no podía gozar de los frutos del trabajo femenino (1971: 21). En suma, las relaciones de género tal como las conocemos están fundadas en la división sexual del trabajo y es muy difícil imaginar cómo serían sin este pilar. ¿Por qué querrán ser pareja si no dependen el uno del otro? Obviamente no hay una respuesta a este interrogante, pero está en el aire y no quería dejar de expresarlo.

En lo referente a las preguntas sobre la paternidad, tanto María Coleta como Catalina ven variaciones, flexibilizaciones, aperturas, en este dominio. Estas serían indicadores de modificaciones en la identidad masculina. De hecho, ambos estudios reparan en que están teniendo lugar mudanzas en la cultura afectiva en el sentido de buscar relaciones más horizontales, más afectivas y de mayor participación en la vida cotidiana de los hijos. Ahora bien, estos cambios parecen bastante extendidos. Yo tuve la suerte de participar en algunas investigaciones sobre paternidades en Chile, Perú y Colombia, y en todas ellas se encontraron nuevas demandas respecto a la paternidad. Sin embargo, los casos de Brasil y Argentina presentan particularidades propias debido

a la gran influencia de la cultura *psi* que no se observa en el resto de América Latina. Tanto en Brasil como en Argentina el psicoanálisis y otras variedades de teorías psicológicas son extremadamente importantes y es probable que sean responsables de muchos cambios en la cultura afectiva de ambas sociedades

El marco teórico que usa María Coleta me parece muy interesante porque combina la estructura y la agencia. Este es un tema difícil en las ciencias sociales. Los conceptos de proyecto o trayectoria de vida y de guiones son muy útiles para entender los cambios subjetivos sin dejar de lado las determinaciones culturales y sociales dentro de las cuales los sujetos tejen sus vidas.

María Coleta señala que las clases medias urbanas han atravesado cambios muy drásticos en el lapso de una o dos generaciones debido a la acelerada modernización de Brasil desde los años sesenta del siglo XX en adelante. A nivel subjetivo ello iría acompañado por un proceso de individuación que revisa los patrones familiares tradicionales. Mientras que dentro del modelo tradicional la paternidad era un destino y ser padre era parte inherente del proyecto de vida masculino, en la actualidad los individuos se definen más en referencia a sus proyectos personales, y las relaciones de pareja son bastante más abiertas, más fundadas en el deseo o la mutua atracción que en las convenciones sociales.

En este aspecto sería notoria la influencia de la cultura *psi* que propone una nueva cultura afectiva (Figueira, 1985). Esta tendería a desarrollar las emociones y afectos, y busca entender las motivaciones de las personas en términos de su vida interior. Por lo tanto, cuestionaría el estereotipo del *macho* duro que desdeña estos aspectos por estar asociados a la cultura femenina. Al respecto, Servulo Figueira sugiere que las teorías *psi* han provisto a las poblaciones urbanas de las nuevas camadas medias de guiones para elaborar los rápidos cambios subjetivos que atravesaron en el proceso de subjetivación ya señalado.

Sin embargo, creo que vale la pena señalar que la mayoría de las generalizaciones que se hacen sobre la masculinidad están muy influenciadas por estudios realizados en Estados Unidos. Mis colegas norteamericanos que estudian masculinidad son muy enfáticos al afirmar que para ellos es muy difícil expresar afectos y que deben reprimir toda forma de debilidad. Yo no he encontrado lo mismo en las investigaciones hechas en Perú. Los hombres peruanos reclaman que sí, que ellos son afectivos, que lloran, etcétera. Ello me lleva a pensar que hay ciertas maneras de entender los afectos en los varones latinoamericanos que no deben ser asimiladas y estudiadas de la misma manera que en el Norte.

Por otro lado, me parece muy sugerente la propuesta de María Coleta según la cual en la cultura urbana paulista se representa a la mujer asociada con la reproducción y a los varones con el sexo. Los

hombres serían dominados por su sexualidad y las mujeres por su deseo de reproducirse. Los varones sentirían, entonces, que es la mujer la que los fuerza a ser padres, que no es una decisión tomada libremente. Ello nos ofrece pistas para entender las ambigüedades masculinas respecto a la paternidad. Llama la atención además sobre la persistencia de una fuerte dicotomía entre las culturas femenina y masculina en San Pablo.

Ahora bien, según señala María Coleta, para los varones paulistas entrevistados en su investigación, el gran temor que les despierta la paternidad es su irreversibilidad. Este es un fenómeno que no he encontrado trabajando en Colombia, Perú y Chile. En estas sociedades, ser padre es la consagración de la masculinidad, el momento en que uno es plenamente adulto, y ninguno de los varones entrevistados consideró la posibilidad de no ser padre a pesar de sus dificultades. Probablemente este contraste se relacione con el proceso acelerado de individuación de la cultura urbana de clase media en Brasil y con la idea compartida por los varones de que las mujeres son quienes les imponen su deseo.

Por otro lado, María Coleta señala que una vez que los padres superan el temor a la irreversibilidad y los conflictos de pareja, su definición de paternidad es *clásica*, tremendamente *clásica*, aburridamente *clásica*. El padre es responsable, el padre provee, el padre es el que transmite los valores públicos, el vínculo con el mundo exterior, el que se preocupa de que los hijos e hijas se coloquen en una profesión, etcétera. Notamos entonces que convive esta noción típica de masculinidad con el deseo de un nuevo modelo que se caracterizaría por la horizontalidad y por un nuevo estilo de vínculo afectivo.

Otro elemento importante, que aparece en los dos trabajos y que yo también encontré en mis investigaciones, es el reproche al padre. Me pregunto ¿por qué se le recrimina tanto al padre? La hipótesis que propuse es que el padre no es el padre, que el padre es la madre. Sobre todo en los casos en que este está ausente y es la progenitora quien instruye al hijo sobre los deberes paternos y cómo él será diferente del progenitor que falló en cumplirlos. De este modo los hijos internalizan una imagen de padre por un lado muy idealizada, y por el otro cargada de ambivalencia.

Finalmente surge la pregunta ¿por qué una nueva valoración de la paternidad no parece alterar mayormente las relaciones de género? En mi opinión, la paternidad puede ser reciclada sin ser cambiada. Por el contrario, podría reforzar las relaciones de género tal como están. Ello porque el padre es precisamente el patriarca, el símbolo del poder masculino. Más aún, el hecho de que los varones compitan por el afecto de los hijos con la madre cuestiona uno de los pocos ámbitos de poder femenino. No quiero sugerir que los cambios que se avizoran en la paternidad, y por ende en la identidad masculina, no sean el anuncio de

una creciente democratización en las relaciones entre los géneros. Simplemente quiero señalar que se trata de los sistemas de género, sistemas muy complejos y que presentan muchas aristas.

BIBLIOGRAFÍA

Da Matta, Roberto 1984 *Carnavais, malandros e herois: para uma sociologia do dilema brasileiro* (Río de Janeiro: Zahar).

Levi Strauss, Claude 1971 "La familia" en Llovera, José (ed.) *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia* (Barcelona: Anagrama).

Figueira, Sérvulo 1985 "Introdução. Psicologismo, psicanálise e ciências sociais na cultura psicanalítica" en Figueira, Sérvulo (org.) *Cultura da psicanálise* (Río de Janeiro: Editora Brasiliense).